ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

LECTURA SEMANAL POPULAR

AÑO I
NÚM. 3
17 NOV. 1925

PRECIO: 10 CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscriciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

El día 7 de noviembre de 1760, a las once y media de la noche, un hombre joven, de arrogante aspecto y gran belleza varonil, pero modestamente vestido, penetró sigilosamente en el jardín del suntuoso palacio que habitaba el comendador don Pedro de Saavedra, para entrevistarse con su amada, María, la hija de don Pedro.

Fueron sorprendidos en su dulce coloquio, y Querubín—así se llamaba el enamorado—logró escapar de las iras del padre de María, que juró castigarle en cuanto le encontrase.

M. 1+1C

¿Se equivocaba?

Nosotros sabemos que no.

Pero de nada servía que acertase, porque la ciencia era impotente para combatir el mal.

A pesar de su grave estado, no ofrecía peligro de muerte la enfermedad de Mariana.

—Así —había dicho el médico— puede esta mujer vivir cien años.

Tampoco en esto se equivocaba.

Tal vez, por su desgracia, tenía la infeliz larga vida.

Prolongábase la enfermedad y se agotaban los ahorros de la enferma; y como, por otra parte, no había peligro de muerte ni esperanza de mejoría, se creyó innecesario el médico.

Después de algunos meses, todos se habían acostumbrado a ver a la pobre Mariana en aquella situación, y mientras no la acometiese una nueva enfermedad, se decía que estaba buena.

El señor Policarpo, dando pruebas de su buen corazón, estuvo siempre atento a la suerte de la madre y de la hija.

Sin el sastre, Dios sabe lo que hubiera sido de aquellas dos desgraciadas.

Pasaba el tiempo.

La hija crecía, se desarrollaba, y era cada vez más bella.

Aunque tan niña, pudo comprender perfectamente su situación.

Mostróse con su madre muy cariñosa, y suplicaba a las vecinas y al señor Policarpo que le enseñasen a coser para poder trabajar y acudir a las necesidades de la casa.

Consuelo se llamaba la niña, y justificaba su nombre.

Antes de tener diez años no necesitaba ya del auxilio de las vecinas para cuidar a su madre, y, además, ayuda-

ba en lo que le era posible al señor Policarpo, consiguiendo así mantener a su madre, aunque en medio de la mayor miseria.

Los pocos muebles, la ropa, todo se vendió en aquella casa.

Doce años tenía Consuelo cuando se preguntó quién era su padre, y dónde había nacido ella.

Quiso averiguarlo; pero los vecinos no le dieron ninguna noticia ni le dijeron más sino que su madre se había mostrado muy reservada cuando llegó a Madrid.

Mariana era la única persona que podía dar explicaciones, pero le era imposible hablar.

La hija le preguntaba y hacía después suposiciones por si acaso acertaba; pero a todas las suposiciones de la niña respondía la madre por señas y negativamente.

Convencióse Consuelo de que nada conseguiría, y, resignándose, acabó por aceptar su situación tristísima, como sucede siempre que se convence la criatura de su impotencia para luchar con su desdicha.

No pensó ya Consuelo más que en trabajar.

Quiso Dios que el señor Policarpo tuviese lo que él llamaba una buena época, es decir, mucha ropa que hacer.

La niña cosió sin descanso, ganó más de lo que necesitaba para comer, y en el espacio de un año consiguió comprar alguna ropa para ella y su madre.

Se creyó entonces la criatura más dichosa del mundo.

Nadie le había dado a conocer el bien y el mal; pero instintivamente sabía distinguirlo ella.

Tuvo diecisiete años.

Se vio asediada por muchos galanteadores; pero su virtud salió siempre triunfante, aunque más de un astuto seductor empleó medios casi siempre seguros cuando no hay que luchar más que con la inocencia.

Los vecinos de la casa reconocieron que Consuelo era una mujer virtuosa y sin igual.

No tenía la joven dinero para socorrer a los necesitados; pero si algún vecino enfermaba, la veían inmediatamente ponerse al lado del enfermo.

Más o menos, todos la amaban.

No salía ella de su habitación mientras no la fuese absolutamente preciso.

La madre continuaba en el mismo estado.

Todos los días al amanecer se levantaba con la ayuda de su hija, sentábase cerca del balcón, y allí permanecía hasta que cerraba la noche y se acostaba.

En presencia del señor Policarpo no era posible hablar mal de aquellas dos mujeres, porque dejaba de ser el hombre pacífico y se ponía furioso.

Diecinueve años tenía Consuelo cuando el sastre pasó algunos meses sin trabajo.

Ella entonces lo buscó en otra parte, y tanto hizo, que al fin consiguió que la recomendasen a la condesa de Rocanegra, que podría dar a la joven algunas prendas de ropa blanca para coser.

Cuando esto sucedió encontrábase Consuelo en el último apuro.

Todos sus recursos se habían agotado, y llegó el día terrible en que apenas pudieron alimentarse la madre y la hija.

En situación tan angustiosa, fue Consuelo una tarde a la suntuosa morada de la condesa; pero le dijeron que ésta había partido aquella mañana para una de sus posesiones de recreo, y que no debía volver hasta pasadas dos o tres semanas.

Preguntó la infeliz joven si había quedado en la casa el ama de gobierno o alguna otra persona que la pudiese atender en su pretensión.

El portero le respondió afirmativamente, y, compadecido, la dejó subir.

Hicieron esperar a la joven en una habitación donde apenas había luz.

Después de diez minutos se presentó el ama de gobierno, y casi a la vez se levantó la cortina de una puerta, pudiendo distinguirse, aunque muy confusamente, la figura de un hombre envuelto en una capa y embozado hasta los ojos.

Aquel hombre se detuvo, sin duda impulsado por la curiosidad, y fijó la mirada en Consuelo.

Explicó ésta con turbación profunda sus deseos y la situación horrible en que se encontraba.

El ama de gobierno respondió que no se necesitaba costurera, ni ella tampoco podía determinar.

La joven suplicó, hablando de su pobre madre.

Un raudal de lágrimas se escapó de sus negros ojos.

Empero, la otra se mostró inflexible, y con espantosa frialdad volvió la espalda.

—¡Dios mío!—exclamó Consuelo con acento de súplica desgarradora.

—No lo invocaréis en vano mientras yo viva—dijo entonces el que junto a la cortina había permanecido medio oculto.

Y dando algunos pasos y recatando siempre el semblante, acercóse a Consuelo y le presentó un bolsillo por entre cuyas mallas veíanse relucir bastantes monedas.

La angustiada joven exhaló un grito de sorpresa y miró al aparecido.

—Tomad—añadió éste—, que el dinero no podéis rechazarlo cuando lo necesita vuestra madre. Ya veo que no sois una mendiga, puesto que tanto suplicáis para que os den trabajo; pero no os lo dan, y como ningún recurso os queda, será preciso que aceptéis lo que os ofrezco.

—Caballero—balbuceó la joven—, no os conozco.

—Yo tampoco a vos.

—Pero yo que he de recibir el beneficio...

—¿No habéis suplicado a Dios? Pues es Dios quien esto os envía. Pensad que os espera vuestra madre.

Consuelo, sin darse clara cuenta de lo que hacía, tomó el bolsillo.

—¡Tan desgraciada—dijo el caballero—, tan joven y tan bella!...

No pudo proseguir, porque la joven levantó la cabeza orgullosamente y su rostro se contrajo.

Secáronse sus lágrimas, relumbraron sus negros ojos, y fijando una mirada intensa en el caballero, dijo:

—Si esto lo dais a mi juventud y a mi belleza, guardadlo.

Y con violento ademán arrojó al suelo el bolsillo, envolvióse en su manto, y se lanzó fuera de la habitación.

El caballero quiso seguirla y llamarla, pero no acertó a moverse.

Haciéndole justicia, debemos declarar que ni por un solo instante había pensado en poner en duda la virtud de la hija de Mariana, y que al hablar de belleza y de juventud lo hizo, no en son de importuno galanteo, sino obedeciendo a la costumbre de dirigir palabras agradables a las mujeres.

Verdad es que le había parecido maravillosa la belleza de Consuelo, y que aquella belleza lo había impresionado vivamente, lo había fascinado y había producido en él un violento trastorno; pero era su corazón demasiado noble para explotar la desgracia de aquella infeliz, y con la mejor buena fe del mundo ofreció el bolsillo.

Consuelo, por lo mismo que era pobre, se mostraba más exigente en cuanto al respeto que merecía su virtud, y al oír las palabras del caballero, trastornada por su

dolor y ofuscada por la sorpresa, creyó encontrar algo que ofendía su delicado pudor.

Para rechazar el dinero no necesitó reflexionar; era para ella cuestión de honra, y por nada del mundo se hubiera rebajado a entrar en explicaciones y razonamientos.

Maquinalmente había tomado el bolsillo, y obedeciendo a sus nobles impulsos, lo arrojó sin vacilar.

No pensó la infeliz que aquella noche no tendría que cenar su madre enferma; no pensó en nada más que en dejar a salvo su honor, que para ella tenía mucho más valor que la vida.

Inmóvil como una estatua quedó el caballero por algunos minutos. Lo que sentía no puede hacerse comprender.

—¡Oh!—murmuró al fin— He aquí una mujer muy bella; pero más bella de alma que de cuerpo. He aquí una virtud a prueba de hambre, de sufrimientos... ¡Vive Dios!

No dijo más.

Recogió el bolsillo y salió.

¿Quién era?

Ya lo hemos presentado a nuestros lectores: era el hijo de la condesa, era Leandro, el rival de Querubín, el amigo del pobre sastre.

No había perdido una sola palabra de la conversación entre la joven y el ama de gobierno, y, por consiguiente, sabía cómo se llamaba aquella criatura encantadora y dónde vivía.

Lo que hizo entonces Leandro no lo sabemos con seguridad.

Consuelo volvió a su casa cuando no quedaba más luz que la débil claridad del vespertino crepúsculo.

Mintió para evitar sufrimientos a su madre, y dijo que no había encontrado a la condesa y tendría que volver a la mañana siguiente.

Así se tomaba un plazo con la esperanza de que Dios la socorriese.

Pero, entretanto, no tenía qué cenar, ni siquiera aceite para encender una luz.

Y el resplandor del crepúsculo se desvanecía.

Mariana suspiraba tristemente.

Consuelo iba y venía como si se ocupase en arreglar el pobre lecho y los más pobres muebles; pero, en realidad, lo que quería era callar y reflexionar.

¡Terribles momentos!

Esparciéronse las tinieblas.

Y todavía Mariana no se había acostado.

El silencio era absoluto.

De vez en cuando percibíase el ruido de la respiración violenta de aquellas dos desdichadas.

De repente sonaron algunos golpes dados a la puerta.

—¿Quién llama? —preguntó la joven.

—Soy yo, vecina—le respondieron.

—¡El señor Policarpo!

Abrió la joven.

—¿Pero qué es esto?—dijo el sastre—¿Aun estáis a oscuras? ¿Ya os habéis acostado?

—No.

—Entonces...

—No he comprado aceite—dijo Consuelo.

—Entiendo, entiendo —repuso el sastre con acento de dulce reconvención—; pero me parece que no os he dado ningún motivo de queja para que me tratéis así. Tu madre no puede moverse ni hablar, y, por consiguiente, nada digo de ella; pero tú, que puedes ir a buscarme y a decirme lo que pasa...

—Señor Policarpo...

—No mereces perdón.

—Vuestra situación es bien triste, porque hace mucho tiempo que no trabajáis.

—Pero tengo algunos ahorros; no lo ignoras.

—Los habéis consumido.

—Me sobra crédito en todo el barrio, y, a Dios gracias, ningún día me falta qué comer; y teniendo yo un pedazo de pan...

—Nos habéis socorrido muchas veces, y me parecía un abuso.

—No mereces perdón; pero, en fin, te quiero demasiado, y olvidaré todo esto a condición de que no vuelva a suceder. Espera, que voy a mi cuarto por luz; volveré en seguida y hablaremos, pues tengo que darte muy buenas noticias.

El sastre se alejó, presentándose otra vez a los pocos minutos con un velón encendido y bien provisto de aceite.

—Señora Mariana—dijo—, no hay que afligirse, que Dios no abandona a las buenas criaturas. Todo nos sorprende en este mundo, lo mismo la fortuna que la desgracia; y como esto me lo ha enseñado la experiencia, no me dejo arrebatar nunca por la desesperación.

La pobre madre fijó en el señor Policarpo una mirada de indescriptible afán.

El sastre prosiguió diciendo:

—Ya me sobra el trabajo.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Consuelo.

—Cuando menos lo esperaba, se me presentó un parroquiano que necesitaba muchas prendas, y mostraba gran empeño en que yo las hiciese todas, porque le habían ponderado mi habilidad.

—Es decir, que mañana...

—Trabajaremos sin levantar cabeza.

La señora Mariana elevó al cielo una mirada de gratitud.

—Hice presente—añadió el sastre—mi falta de recursos para comprar inmediatamente alguna tela, que el parroquiano no quiere tomarse la molestia de buscar, así co-

mo también hilo, seda, agujas y otras pequeñeces, y por toda contestación me ha dado esto a buena cuenta.

Y sacó un bolsillo. haciendo sonar las monedas que contenía.

—Cuando esto no es más que a cuenta, figuraos lo que importará todo el trabajo que he de hacer. Por consiguiente, como tú has de ayudarme y he de pagarte bien, porque bien me pagan, dispón de este bolsillo.

—¡Todo eso!

—¡O lo que quieras!

—No tengo necesidad de tanto dinero—dijo la joven.

—Entre plata y oro hay aquí, justos y cabales sesenta ducados; cantidad que partiremos, porque con la mitad me sobra.

Abrió el señor Policarpo el bolsillo y echó algunas monedas sobre la mesa.

Consuelo estaba aturdida y apenas acertaba a pronunciar una palabra.

—No habréis cenado—dijo el sastre—y os dejo en completa libertad.

Y sin escuchar algunas observaciones que Consuelo quiso hacer, salió.

Renació la alegría donde antes reinaba la tristeza

El señor Policarpo no exageraba, pues desde el día siguiente, ninguno le faltó trabajo a Consuelo.

Pagaba el sastre casi a doble precio que había pagado nunca, asegurando que él cobraba doble también y que su conciencia no le permitía hacer otra cosa.

Aun no había transcurrido un mes, cuando por casualidad encontráronse en la calle Consuelo y Leandro.

Miráronse como se miran dos desconocidos, puesto que ella no podía sospechar que aquel caballero fuese el que le había ofrecido el bolsillo en la morada de la condesa.

Y lo mismo que una vez se vieron muchas

La casualidad hace cosas bien extrañas.

No salía Consuelo una vez a la calle sin encontrar casualmente al hermoso caballero.

No se asomaba una vez a la ventana sin que por casualidad dejase de ver a Leandro.

No quería ella mirarlo, pero tenía forzosamente que verlo.

Ningún motivo tenía ella para quejarse de la casualidad, pues el caballero no le había dirigido una sola vez la palabra, por más que muchas veces le hubiese hablado con los ojos.

¿Qué pensaba Consuelo de aquellas casualidades?

Lo ignoramos.

Transcurrieron dos meses más.

Consuelo estaba a todas horas pensativa, y se distraía hasta el punto de olvidarse alguna vez del mismo trabajo que la ocupaba.

La curiosidad se presentó en auxilio de las casualidades.

La joven hubiera querido saber quién era aquel hombre que decía con los ojos lo que no se permitía expresar con los labios.

Y como quería saberlo, hizo lo posible por averiguarlo, y al fin lo averiguó con ayuda del señor Policarpo, que en aquella ocasión dio pruebas de ser muy astuto.

No hay que decir que eran falsas, aparentes, las pruebas de astucia del buen sastre, pues el lector comprenderá por qué fácilmente pudo ayudar a la joven para averiguar quién era el caballero de las ardientes miradas.

Sabemos ya que el señor Policarpo estaba en relaciones con el hijo de la condesa, relaciones que hasta cierto punto pueden calificarse de íntimas.

Sintióse Consuelo poseída de terror al conocer el ilustre nombre del caballero, al saber que éste debía ser heredero de una gran fortuna y de un título nobiliario.

Ella no tenía nombre, ni siquiera plebeyo; no contaba con otra riqueza que el fruto de su trabajo, y no podía envanecerse más que de su virtud.

La joven, que era juiciosa, entró en reflexiones sobre su situación, pensando que no era posible que quisiese ser su esposo un caballero de tan noble estirpe como Leandro, y claro es que, no queriendo unirse a ella con lazos indisolubles, debía de obedecer a intenciones nada santas.

Empero, aun suponiendo lo más agradable, lo mejor, lo más santo, el joven encontraría en sus padres un obstáculo invencible, y, además de sus padres, miraría con cierto respeto y con bastante temor al mundo, que, en sus preocupaciones, debía condenar aquel casamiento y mirar con desdén al que había llevado su debilidad hasta el punto de bastardear su sangre.

Angustia mortal sintió la pobre niña, y una noche se pasó sin que le fuese posible cerrar los ojos al sueño, llorando unas veces, y otras entregándose a los transportes de la desesperación.

Todo esto era una prueba de que amaba con uno de esos amores inextinguibles.

Una y otra vez juró que olvidaría al hermoso caballero de las miradas ardientes, haciendo propósito firme de volverle la espalda cuando la pícara casualidad se lo pusiese delante.

¡Vanos esfuerzos! ¡Propósitos inútiles!

Consuelo amaba, y su corazón era esclavo de sus sentimientos.

Pedía consejos a su cabeza, y era esclava de su propio corazón.

El corazón es un tirano que no transige y que mata cuando no consigue hacerse obedecer.

Pálida, ojerosa, triste y meditabunda levantóse al otro día la desgraciada joven.

Su madre la miró, comprendió que su hija sufría, y sufrió también; pero no pudo hablar, y quiso con los ojos hacerse entender.

Tal vez Consuelo comprendió que su madre le pedía explicaciones; pero hizo como que no lo comprendía, porque se horrorizaba a la sola idea de tener que revelar el secreto de su desdichada pasión.

Esforzóse para sonreír; pero sus sonrisas estaban impregnadas de tristeza.

Se puso a trabajar, y lo hizo febrilmente.

Buscó un pretexto para no salir, y una vecina le llevó lo que necesitaba para comer.

Así evitaba encontrarse con Leandro.

¿Cuánto debió de sufrir la pobre madre?

Cuando el sol se ponía, ya la joven había concluído su tarea.

Tenía que entregarla al señor Policarpo, y bajó hasta el portal para buscarlo tras su biombo.

No estaba solo el sastre.

Su silla la ocupaba un embozado, que levantó la cabeza y fijó la mirada en la joven.

Ella quiso retroceder; pero no pudo.

Exhaló un grito y se escapó de sus manos la prenda que había cosido.

Aquel hombre era Leandro.

Nunca tuvo él mejor ocasión para decir lo que sentía, puesto que Consuelo no era dueña de moverse, y, mal que le pesase, había de escuchar.

Sin embargo, el hijo de la condesa se puso en pie como impulsado por un resorte.

No quiso abusar de su ventajosa situación, y apenas mirando a la joven habló aquella vez, aunque concretándose a decir con voz alterada:

—Perdonad... No es culpa mía... Dios os guarde.

Y salió del biombo y se lanzó fuera del portal como si lo impulsase un vértigo.

El señor Policarpo fue y vino de un lado para otro, sin saber qué hacer ni qué decir.

Por fin, Consuelo rompió el silencio murmurando:

—Ahí tenéis...

¿Qué es esto? —dijo el sastre recogiendo la prenda que había caído—. ¡Ah!... Ya sé... Espera, hija mía; espera ahí... No es la culpa de mi ilustre parroquiano, ni tuya tampoco, ni mucho menos mía, sino de la casualidad, porque es preciso que sepas que las casualidades representan en este pícaro mundo un gran papel. Tú no tienes tanta experiencia como yo; que si la tuvieras... ¡Oh!... Pero, bien pensado, no encuentro que haya sucedido nada que sea motivo suficiente para afligirte y ponerte como te has puesto. Siéntate, Consuelo; sosiégate y escúchame, porque es preciso que de una vez concluyan estos endiablados enredos, aunque no sé si enredo debe llamarse a lo que hace el demonio de la casualidad; pero, sea como fuese, ello es que yo me encuentro en grandísimo apuro, porque tú pensarás lo que se te antoje, y no sé lo que por su parte dirá el señor don Leandro; y aunque el asunto parece muy sencillo, estoy viendo venir muy graves consecuencias.

No sabemos hasta cuándo el buen sastre hubiera continuado sus reflexiones, pues cuando empezaba a hablar no sabía concluir; pero le interrumpió Consuelo diciéndole:

—Señor Policarpo, no encuentro la gravedad del asunto, ni asunto siquiera.

—Así son las mujeres.

—¿Qué ha sucedido para que digáis lo que acabo de oír?— replicó la joven, que se había repuesto y era ya, hasta cierto punto, dueña de su razón.

—Has venido; ese caballero se encontraba aquí ha-

blándome de unas libreas que quiere hacer a sus criados para que las estrenen el primer día de Pascua de Navidad.

—No niego que me sorprendí.

—Te has quedado como una estatua.

—Y él ha comprendido mi sorpresa y mi turbación.

—Porque tiene mucho talento, mucho.

—Y queriendo mostrarse cortés hasta el último punto, se ha levantado y se ha ido.

—Pero ha dicho...

—Que no era culpa suya el que nos viésemos aquí.

—Consuelo, es preciso que hablemos.

—Señor Policarpo, sois mi mejor amigo, y más de una vez habéis hecho conmigo las veces de padre.

—Lo cual significa que para mí no tienes secretos.

—Guardar secretos para vos sería ofenderos gravemente.

—Más que la mía, estimo tu honra—dijo el sastre.

Y no mentía, porque se hubiera dejado matar por Consuelo. Ésta, que apenas podía sostenerse, sentóse al fin.

El portal empezaba a quedar entre tinieblas, circunstancia que daba a la infeliz joven más valor para hablar con franqueza.

La vergüenza no es la misma a oscuras que con luz; y esta observación, que parece de poquísima o ninguna importancia, tiene mucha, y no debe olvidarse en ciertos casos.

Ni siquiera pensó el buen Policarpo en la falta de luz.

—Ya veis—dijo Consuelo—que la casualidad ha hecho que muchas veces me encuentre con ese hombre.

—Una casualidad te lo hizo conocer.

—Y desde entonces, y por mi desdicha, parece que una mano misteriosa nos lleva al uno hacia el otro.

—¡Por tu desdicha!

—Sí—dijo con voz ahogada la joven.

—No lo entiendo.

—Ningún motivo de queja me ha dado ese caballero, pues lo del bolsillo la primera vez que lo vi...

—Lo hizo con la más sana intención.

—Tuve curiosidad de saber quién era.

—Acudiste a mí, observé, averigüé.

—Y cuando me dijisteis su nombre...

—¿Qué te ha sucedido ?

—¡Dios mío!

—Pero...

—Estoy horrorizada...

—Pues señor; repito que no lo entiendo.

—Señor Policarpo, compadecedme.

—¿Y por qué ?

—La noche pasada no he podido dormir.

—¿Y qué tiene que ver tu sueño con el señor don Leandro de Sandoval ?

—¿Aun no me comprendéis ?

—No, hija mía; pero tus palabras empiezan a ponerme en grandísimo cuidado.

—Quiero olvidar a ese hombre, quiero olvidarlo—dijo la joven con el acento de la desesperación.

El buen sastre guardó silencio por algunos minutos.

No podemos decir lo que su semblante expresaba, porque la oscuridad era absoluta.

—Pues si en olvidarlo—dijo al fin—pones tanto empeño, claro está que piensas en él a todas horas, o, por lo menos, más de lo que te conviene.

La contestación de Consuelo fue un suspiro; contestación elocuente en aquellos momentos.

El señor Policarpo prosiguió:

—Mi conciencia está tranquila, porque no es culpa mía que la necesidad te obligase a ir a casa de la señora condesa, ni que el ama de gobierno te recibiese mal,

ni mucho menos que tú rechazases un bolsillo lleno de oro, lo cual dio al señor don Leandro la más alta idea de tu virtud y de la grandeza de tu alma.

—No os acuso...

—Y es el caso que al ilustre caballero le sucede lo mismo que a ti, pues se empeñó en olvidarte y no ha podido, y te encuentra cuando no te busca, y contra su voluntad te busca cuando no te ve, y entre propósitos y luchas pasa una vida de agitación y tormento que no debe envidiarse.

Sin saberlo, acababa el señor Policarpo de pintar una pasión con los más vivos, agradables y exactos colores.

En aquellos momentos sentía, y el sentimiento sublimaba su inteligencia.

No hablaba entonces como un hombre sencillo.

Sus palabras produjeron en Consuelo el mismo efecto que produce el combustible que se añade a la hoguera, o, para decirlo con más exactitud, el efecto mismo que el soplo que aviva el fuego.

Ella amaba ciegamente; pero también era amada.

Las preocupaciones sociales abrían un abismo entre aquellos dos corazones; pero, en cambio la pobre, la humilde, había sido mirada con respeto profundo por el poderoso caballero.

Y el respeto de éste significaba que reconocía a la virtud tanto valor, por lo menos, como a la nobleza de cuna.

La mujer, cualquiera que sea su condición social, quiere ser considerada, y Consuelo había sido objeto de las más delicadas consideraciones.

En vano buscó heridas en su amor propio, pues ninguna herida había recibido, sino que, por lo contrario, motivos tenía para estar muy halagada.

Aunque las intenciones del hijo de la condesa fuesen

las mejores del mundo, ¿qué fin debían tener aquellos amores?

Ninguno bueno, porque siempre se abriría un abismo entre los dos desdichados amantes.

Admirablemente había pintado el buen sastre un amor sublime, y sin darse tampoco cuenta de ello, Consuelo había revelado el secreto de su intensa pasión.

Ya era forzoso que hablasen con franqueza.

Tal vez todo esto estaba previsto por Leandro, y más que previsto preparado hábilmente.

Una vez excitado el sentimiento del buen sastre, no era posible que se encerrase en los límites de la prudencia, y sin ocuparse de lo trascendental de sus palabras, prosiguió diciendo:

—Loco de amor está el ilustre caballero, y loco hasta el punto de haberse negado resueltamente a dar su mano a una mujer que, sobre ser joven, virtuosa y un prodigio de hermosura, tiene un nombre ilustre y debe heredar una gran fortuna.

Consuelo dejó escapar un gemido doloroso.

Sufría horriblemente.

El sastre añadió:

—Verdad es que esa joven ilustre no está enamorada del señor don Leandro, y, por consiguiente, la negativa de él no ha podido hacer a ella daño alguno, y quizá con el tiempo se sepa que le ha hecho un beneficio, como es posible si ella se interesa por otro.

—Debo olvidarlo —dijo Consuelo.

—Y él quiere olvidarte.

—No volveremos a vernos.

—¿Has contado con las casualidades?

—Y si lo veo...

—Consuelo, no soy de tu opinión. Lo que sucede es una gran desgracia; pero esta clase de desgracias no se remedian así.

Por más que la joven no quisiera confesarlo, era lo cierto que demasiado bien comprendía que lo de olvidar al hermoso caballero era un imposible, o tan difícil, por lo menos, que quizá sus fuerzas no bastarían para conseguirlo.

Pero ¿dónde estaba el remedio de que hablaba el señor Policarpo?

Ella no lo veía.

Guardó silencio la joven y siguió escuchando, sin acordarse de que el tiempo pasaba, de que su madre la echaría de menos y se pondría en muy gran cuidado.

—Lo que hay que hacer—dijo el sastre después de algunos minutos—es que, no por casualidad, sino intencionadamente, veas al ilustre señor don Leandro.

—¡Verlo!—exclamó como si se horrorizase la infeliz hija de Mariana.

—Ni más ni menos.

—¿Habéis perdido la razón?

—Tú eres la que estás trastornada con estos endiablados amoríos.

—¿Pues no opináis que debemos olvidar el uno y el otro, y que a los dos nos conviene hacerlo así?

—Pero lo que a mí me estás diciendo debes decírselo al señor don Leandro, y él a ti decirte lo que me ha repetido tantas veces. Tú le harás comprender que aspira a un imposible, y él te convencerá de que no desea más que tu bien, y que las circunstancias le obligan a huir de ti.

—¿Y por qué no huye?

—Ya sabes que no te busca.

—Lo que yo haya de decirle podéis decírselo vos.

—¡Yo!

—¿Qué inconveniente encontráis para hacerlo?

—¡Líbreme Dios de semejante cosa!

—Señor Policarpo...

—Tú no sabes cómo está el pobre caballero. He querido algunas veces hacerle reflexiones y convencerlo de que jamás podrá conseguir lo que desea, y el infeliz se ha puesto pálido como un difunto, y unas veces lo he visto tan desesperado que era capaz de cometer cualquiera locura, así como otras veces lo he visto llorar... ¡Oh!... Sí, Consuelo; llorar como un niño... No, no tengo corazón para esas cosas, y, además, si en su arrebato hace un desatino cualquiera, mi conciencia no quedaría tranquila.

No faltaba más que esto para que la joven se interesase doblemente por el hijo de la condesa, porque doblemente interesante se hace la persona amada cuando sufre.

Creeríase que intencionadamente hablaba así el señor Policarpo; pero todo ello lo decía con la mayor sencillez y sin apreciar las consecuencias.

No se había propuesto el buen sastre favorecer al hijo de la condesa contra lo que a la joven conviniese, por más que quisiera protegerlo y creyera que era una fortuna que a él se le hubiera buscado para representar el papel que representaba.

—Si te decides—prosiguió diciendo el buen sastre—hablarás con el señor don Leandro en mi presencia, para que así nada pueda temer tu escrupuloso recato, y me parece que quedaréis más tranquilos después que se hayan desahogado vuestros corazones.

—No, no—replicó vivamente Consuelo.

—Pues entonces siga el asunto como está, y si sufres mucho tendrás paciencia.

Las ideas de la joven cambiaron repentinamente.

Púsose en pie, cogió una de las manos del sastre, la estrechó fuertemente, y le preguntó:

—¿Quién es esa dama con quien debía casarse don Leandro.

—No lo sé.

—¡Oh!...

—Pero tal vez quiera él decírmelo.

—Sí—repuso Consuelo con voz reconcentrada—; preguntádselo, porque tengo curiosidad...

—La pícara curiosidad nos ha perdido.

—Y mañana me diréis...

—Espera, que aun no hemos concluído.

—¿Y mi madre?

—Es verdad... ¡Vive el cielo!... Y la noche ha cerrado, estamos a oscuras, hablamos a gritos, y no sabemos si algún otro curioso, tan curioso como tú, se ha puesto a escuchar.

—¡Dios mío!

—Vete, Consuelo; vete.

—Mi madre infeliz no puede preguntarme; pero con la mirada me pedirá explicaciones sobre mi tardanza en volver.

—Puedes decirle que yo estaba ocupado, que te has visto obligada a esperar, y...

—No lo creerá.

—Toma el dinero de tu trabajo, y si tu madre se disgusta, yo le diré que soy el culpable.

El señor Policarpo sacó una moneda de plata que puso en las manos de la joven.

Ésta corrió, subiendo y entrando en su habitación.

Oyó un gemido y comprendió que su madre se impacientaba y sufría. Apresuróse a encender luz. La señora Mariana fijó en su hija una mirada penetrante.

El rostro de la joven decía claramente lo que la infeliz sufría.

No era menester más que mirarla para comprender que una borrasca espantosa agitaba su espíritu.

Además, el llanto había dejado sus inequívocas huellas.

La pobre madre hizo grandes esfuerzos como si qui-

siera hablar, agitó los brazos y gesticuló, en tanto que su mirada continuaba fija en Consuelo.

—Madre mía—dijo la joven con una turbación que aun no había podido dominar—, el señor Policarpo me ha detenido porque hablaba con un parroquiano, y luego ha querido darme explicaciones sobre el trabajo que he de hacer mañana.

La madre hizo con la cabeza un movimiento que significaba la negación.

Así quería decir que no creía.

—Os aseguro...

Repitió la señora enérgicamente sus signos negativos, y la expresión de su mirada se hizo severa.

Consuelo se estremeció.

No sabía mentir.

Una vez y otra agitó los brazos la desdichada madre, y nuevos gemidos se escaparon de su pecho.

Mandaba y era preciso obedecer.

Quiso resistir la joven.

Su intento fue vano.

De severa llegó a ser terrible la mirada de la madre.

Ya hemos dicho que en sus ojos parecía haberse reconcentrado todo el vigor, toda la energía de su juventud, toda la fuerza de su espíritu.

No era fácil resistir aquella mirada, sombría unas veces, ardiente otras, y siempre elocuente, profunda y dominadora.

—¡Madre mía! ¡Madre de mi alma!—exclamó Consuelo con desgarrador acento.

Y mientras un raudal de abrasadoras lágrimas se escapaba de sus ojos, abrazó a su madre, estrechándola fuertemente contra su pecho.

Temblor convulsivo agitó los miembros de la anciana, si anciana puede llamarse a la que no tenía más de cuarenta años, por más que su cabellera hubiese encane-

cido en un solo día cuando experimentó la conmoción terrible que la había privado del uso de la palabra, y por más que algunas profundas arrugas surcasen su rostro.

Sentíase Consuelo ahogada, y le era imposible articular una sílaba.

Sombrío apareció entonces el semblante de la señora Mariana, y era que las demostraciones de dolor de su hija le hicieron adivinar desgracias horribles, y que ella quizá conocía demasiado bien por haberlas experimentado en su juventud.

Tal vez la señora Mariana sospechó que su pobre hija había sido víctima de los engaños de algún miserable seductor.

¡Y no podía preguntar, no podía moverse!

Lo que la infeliz madre debió de sufrir en aquellos momentos es imposible que se comprenda.

Lívido y contraído violentamente estaba su rostro.

Así transcurrieron cinco minutos, que debieron ser cinco siglos de tormento sin igual para la señora Mariana.

Por fin, Consuelo hizo un esfuerzo sobrenatural, separóse de su madre, se dejó caer en una silla y dijo:

—Todo lo sabréis.

La madre volvió a fijar una mirada afanosa en su hija.

—Sí, todo; pero no ahora, porque apenas puedo hablar; mis fuerzas se han agotado; sufro mucho... ¡Ah!...

Aun no daba señales de conmoverse la señora Mariaha ante el inmenso dolor de su hija.

Ésta comprendió al fin que su madre abrigaba sospechas verdaderamente horribles, y limpiando sus ojos y levantando con orgullo la cabeza, dijo enérgicamente:

—No, madre mía; no he olvidado mis deberes; pura está mi honra y tranquila mi conciencia.

Otro gemido se escapó del pecho de la señora Mariana, gemido que era como una exclamación de júbilo

Cambió de expresión su semblante.

Revolóse en sus ojos una tristeza profunda, humedeciéronse, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Luego elevó al cielo una mirada de gratitud.

La madre y la hija empezaban a entenderse; pero les esperaban grandes sufrimientos.

Una y otra vez suplicó Consuelo que se le permitiese dilatar sus explicaciones hasta el otro día.

Su madre le respondió por señas afirmativamente. Media hora después se encontraban en el lecho.

Consuelo consiguió dormir aquella noche, aunque agitadamente; pero la señora Mariana no cerró los ojos hasta que rayaba el día.

CAPITULO IX

Cómo quedó la situación

Consuelo no había recobrado la tranquilidad, ni era fácil que la recobrase: pero se sentía más animada desde que a sus caricias había correspondido su desgraciada madre.

Una vez dado el primer paso en el camino de las revelaciones, la joven no encontraba inconveniente para llegar hasta el fin.

Había decidido decírselo todo a su madre, y si la noche anterior no lo había hecho, fue porque en realidad le faltaban las fuerzas.

No bien el sol había dejado ver sus primeros rayos, la madre y la hija abandonaron el lecho.

Sentóse la primera junto al balcón donde pasaba su triste vida, y la joven, queriendo aprovechar los instantes, dijo:

—Madre mía, voy a revelaros mi secreto, vais a conocer la causa de mis sufrimientos horribles, y así creo que quedaré más tranquila.

La señora Mariana no podía responder: pero su mirada elocuente se fijó con ansiedad indescriptible en su hija.

Las palabras de ésta no debemos repetirlas.

Con la más escrupulosa exactitud hizo el relato de los sucesos que habían ocasionado su pasión desdichada.

No olvidó el detalle más leve; no dejó de mencionar circunstancia alguna, ni mucho menos ocultó nada de lo que había sentido, sentía y pensaba.

Escuchaba la pobre madre, y en su rostro se pintaban claramente todas sus impresiones. Muchas veces tembló, y pareció horrorizarse de los peligros que a su desgraciada hija amenazaban.

Empero la infeliz no podía pronunciar una palabra, y esto le hacía experimentar los tormentos más espantosos.

De terror profundo dió claras muestras cuando supo que el hombre amado por su hija era nada menos que el heredero de una de las más ilustres y ricas familias de España.

No necesitaba más la cariñosa madre para comprender la suerte que le aguardaba a su hija.

Ésta era pobre, de humilde condición, y si su existencia no significaba una liviandad, tampoco podía probar que era legítima.

Sin que hubiese podido dar explicaciones sobre su situación había enfermado la señora Mariana, y nadie sabía si Consuelo tenía padre ni si era fruto de un amor criminal o de una unión legítima, ni mucho menos dónde había nacido.

¿Cómo averiguar todo esto?

Era imposible, mientras la señora Mariana no recobrase el uso de la palabra.

Ni con su mirada elocuente ni con ademanes podía dar explicaciones.

Ya hemos dicho que para averiguar la verdad, el señor Policarpo y otros vecinos habían apelado al medio de hacer suposiciones, preguntando a la enferma si se equivocaban; pero ella había respondido a todo negativamente, lo cual probaba que al hacer las suposiciones no habían acertado.

La hija había empleado el mismo sistema.

Habíase advertido una circunstancia que llamó mucho la atención del honrado sastre: cuando se le preguntaba a la enferma si su hija era legítima, no respondía ni afirmativa ni negativamente, y esto hizo suponer que Consuelo debía su existencia a un amor criminal.

Más empeño que nunca tenía la desgraciada Consuelo en saber al menos si era hija de un extravío, pues, ya que pobre y humilde, quería por lo menos levantar la frente con altivez, pudiendo decir que era legítima su existencia.

¿Por qué sobre este punto guardaba tan obstinada reserva la madre?

Cerca de una hora pasó antes de que la joven terminase su triste y conmovedor relato.

Cuando hubo concluído, escapóse de sus ojos un raudal de lágrimas, besó las manos de su madre, y dijo:

—Creo que ninguna falta he cometido; contra mi voluntad se ha encendido en mi pecho este amor, y, por consiguiente, yo no soy responsable de las consecuencias. Ni por un instante he olvidado mis deberes, y me siento con fuerzas para morir antes que olvidarlos, pues, aunque joven y sin experiencia, comprendo que tras de la satisfacción de estas pasiones se siente el arrepentimiento y debe de sufrirse horriblemente, porque ya es imposible retroceder ni mucho menos reparar la falta. Dichosa he sido a pesar de nuestra pobreza y de nuestra tristísima situación; dichosa he sido con la tranqui-

lidad de mi conciencia, y esta tranquilidad no la sacrificaré por nada del mundo.

La señora Mariana extendió los brazos, entrechó en ellos a su hija y la besó tiernamente.

Creyó Consuelo propicia la ocasión para averiguar lo que tanto la interesaba, y dijo:

—Aunque yo estuviese deshonrada y el mundo me rechazara con desdén, vos no me rechazaríais, porque sois mi madre; no dejaríais de amarme, sino que me amaríais mucho más por lo mismo que yo era más desgraciada.

La señora Mariana hizo con la cabeza una señal afirmativa, porque en aquellos momentos solemnes no podía mentir.

—Pues bien—prosiguió diciendo Consuelo—; yo soy vuestra hija, os amo mucho por lo mismo que sois muy desgraciada, y si de otras desgracias vuestras tuviese yo noticia, acrecentaría mi amor filial y sería para vos más profundo mi respeto.

La señora Mariana se estremeció violentamente.

—Disipad mis dudas, madre de mi alma; disipadlas, porque me atormenta más de lo que pudiera atormentarme la más espantosa realidad.

Nerviosa palidez cubrió el rostro de la pobre madre.

—Nadie más que Dios nos escucha...

La señora Mariana exhaló un gemido.

—¿Y mi padre?—preguntó la joven.

La infeliz anciana se encogió de hombros.

—¿Era mi padre vuestro esposo legítimo?

Tornóse profundamente sombría la mirada de la pobre madre, y volviendo a gemir y haciendo un esfuerzo supremo, movió la cabeza y las manos como para responder negativamente.

Acababa de ponerse en claro esta parte del misterio de la historia de la señora Mariana.

Consuelo exhaló un grito desgarrador.

Cubrióse el rostro con las manos.

Algunos momentos después abrazaba a la enferma exclamaba:

—¡Madre mía!... ¡Cuánto os amo!... Fuisteis víctima de la seducción, os engañaron miserablemente... ¿No es verdad ?

La anciana hizo una señal afirmativa.

—Exigiríais reparación...

La señora Mariana volvió a decir que sí.

—¿Quién es ese hombre, quién es mi padre, dónde está ?—preguntó arrebatadamente la joven.

Empero bien pronto comprendió que su madre infeliz no podía responder.

—¡Oh!—exclamó con el acento de la desesperación.

Y sus fuerzas se agotaron, y se dejó caer pesadamente sobre una silla.

Reinó un silencio absoluto.

Corrió el llanto por las mejillas de aquellas dos infelices.

No podía ser más horrible la situación.

Consuelo no podía tener siquiera el desahogo de la lucha, ni el consuelo de hacer cuanto le fuese posible.

Si al menos hubiese sabido quién era su padre, habría ido a buscarlo, exigiéndole reparación; y aunque nada hubiera conseguido, habría quedado más tranquila.

Además, los enamorados se entregan fácilmente a ilusiones, y Consuelo creía que, conociendo el nombre de su padre, para obligarlo a reparar la falta en cuanto fuese posible, Leandro le ayudaría.

Si era verdadero el amor del hijo de la condesa, Consuelo no se equivocaba.

Largo rato permanecieron silenciosas.

La madre no hablaba, porque no le era posible hacerlo, y la hija, porque nada agradable podía decir.

Tal vez se hubiesen pasado muchas horas sin hacer

más que llorar y suspirar; pero fueron interrumpidas por algunos golpes que dieron en la puerta.

Limpiáronse los ojos, y abrió la joven.

El señor Policarpo se presentó.

También estaba pálido y ojeroso.

Debía de haber pasado mala noche, lo cual no es extraño, pues sobre ser sincero amigo de las dos mujeres, encontrábase comprometido sin saber cómo en el endiablado enredo de aquel amor.

—Buenos días—dijo mientras miraba a sus dos vecinas.

Y después de algunos breves instantes añadió:

—Algo pasa, porque así lo dice vuestro semblante: algo de mucha gravedad y que fácilmente adivino. Han mediado francas explicaciones, ¿no es verdad ?

—Sí—respondió Consuelo—; mi buena madre lo sabe todo, absolutamente todo, porque seguir ocultándoselo me parecía un crimen.

—Muy bien hecho—repuso el sastre—, muy bien hecho, porque a una madre nada se le debe ocultar. Además, tú no has cometido ninguna falta, ni la cometerás, si Dios quiere protegernos, y en cuanto a mí, me parece que mis intenciones han sido rectas, y, sobre todo, no he fomentado tu amor ni te he dado un consejo que no sea bueno.

—Por lo contrario, nos habéis hecho muchos beneficios.

—He cumplido mi deber, y además he obedecido los impulsos de mi corazón. Desde que encontré a tu pobre madre privada de sentido y la vi desamparada, me he interesado por ella como un padre puede interesarse por una hija.

—Vuestro noble corazón...

—No hablemos de eso, porque tenemos que ocuparnos de cosas más importantes.

—Señor Policarpo, mi desgracia no tiene remedio, y sabré resignarme y sufrir si no consigo olvidar a ese hombre.

—¡Olvidarlo!...

—Creo que es imposible; pero...

—Hablemos como gente de razón—interrumpió el sastre—. Tu madre no puede hablar; pero me escuchará, y por señas dirá si le parece bien mi opinión.

—No olvidéis que el hombre a quien amo y parece amarme...

—Es un caballero muy rico y de la primera nobleza, y cuando muera su padre será conde y grande de España de primera clase y no sé cuántas cosas más.

—Pues bien; un hombre así...

—Puede casarse con una mujer de posición humilde y pobre, con tal que sea honrada; que con la nobleza del marido hay bastante para que se ennoblezca la esposa. De estos ejemplos se han visto algunos, y para convencerte me bastará recordar los nombres de algunos personajes cuyas mujeres no fueron más que infelices como tú, pero, como antes he dicho, nobles quedaron con la nobleza del esposo, y de alguna de ellas se asegura que rebuscando entre los papeles de los archivos se han encontrado, cuando menos se esperaba, documentos irrecusables que prueban el origen ilustre de la familia que se creyó plebeya. Estas cosas se arreglan fácilmente, cuando hay voluntad.

Consuelo pensó que ni siquiera un nombre plebeyo tenía, y fijó en su madre una mirada angustiosa.

—Por de pronto—prosiguió diciendo el sastre—, el mayor inconveniente consiste en que tu pobre madre no puede hablar, y, por consiguiente, no sabemos dónde has nacido, ni cómo se llamó tu padre. ¿Quién sabe si algún día averiguaremos que tienes derecho a llevar un nombre ilustre?

La señora Mariana se apresuró a hacer una señal negativa.

—Tu madre dice que no; pero, en fin, si el nombre no es ilustre, será un nombre.

Otra vez respondió negativamente la anciana. Sin duda, no quería ya guardar el secreto de su deshonra.

—¿Es que debo decirlo todo?—preguntó Consuelo.

—Sí—contestó la madre.

El proceder de la señora Mariana no podía ser más noble, pues significaba que no quería que se engañase al que amaba a su hija.

Entonces Consuelo le dijo al sastre lo que había podido averiguar.

El señor Policarpo hizo un gesto de disgusto; pero no se dio por vencido.

—A pesar de todo eso—dijo con una buena fe singular—, creo que el señor don Leandro te amará como siempre, porque nunca ha mirado más que tu virtud y tu belleza, y no ha de cometer la injusticia de querer que pagues las faltas de otro. Para mí vales ahora más que antes, puesto que te considero más desgraciada; y si yo estuviese enamorado de ti... ¡Oh!... Entonces no vacilaría un instante y serías mi esposa en cuanto me lo permitiesen las circunstancias. ¡Mirarte con desdén porque otros cometieron una falta!... Imposible... No; eso no puede hacerlo un hombre como don Leandro. Si lo conocieras como yo, no lo sospecharías. Tiene un gran corazón, un corazón sin igual.

—Mi mayor fortuna—replicó Consuelo—sería que me mirase con desdén.

—¿Qué estás diciendo?

—Sí; porque semejante ofensa heriría mi dignidad, y entonces me sería posible olvidarlo y hasta mirarlo con odio.

—¡Qué ideas tan raras se les ocurren a las mujeres!

—Yo no puedo ni quiero engañar a ese hombre.

—Eso es otra cosa.

—Es preciso que sepa que entre nosotros hay tanta distancia, que no puede salvarse con la fuerza de su amor, si es que me ama verdaderamente.

—No puede hoy el señor don Leandro casarse contigo, porque tiene padres que se lo estorben; pero algún día quedará huérfano y, dueño entonces de su voluntad, será tu esposo.

—¡Mi esposo!...

—¿Lo dudas?... Pues yo no lo dudo, y para creerlo así tengo muchas y muy poderosas razones, y creo que tú tendrás muy pronto la prueba de cuanto te digo. Como nunca le has hablado, no puedes saber lo que es ese hombre.

—Reconozco sus buenas cualidades, pues no tengo motivo para ponerlas en duda; pero como mis aspiraciones son un imposible, es preciso poner término a esta situación.

—¿Y cómo ha de terminarse?

—No saldré de mi casa, no veré a don Leandro, él tampoco me verá, así pasará el tiempo, y al fin...

—Sufriréis mucho y os quedaréis como estáis ahora.

—Eso no.

—Pasará el tiempo, y don Leandro no te verá; pero cada día esperará verte al siguiente, y sus esperanzas avivarán el fuego de su amor, y amándote más cada día por lo mismo que no consigue su deseo, llegará su pasión a la locura, y Dios sabe lo que sucederá.

—No abrigará esperanzas, porque vos le diréis que no lo amo.

—¡Yo!...

—Sí; también me haréis este beneficio.

—Pues te equivocas, hija mía.

—¿Os negaréis a contribuir a mi tranquilidad?

—Pídeme cuanto quieras; pero mentir...

—Hay mentiras lícitas.

—En mi vida he mentido.

—Señor Policarpo...

—Escúchame, que voy a concluir.

—¿Acaso hay otro medio de acabar con estas ansiedades?

—Tu madre decidirá.

—Mi madre no puede permitir que yo corresponda al amor de un hombre como don Leandro.

—¿Y por qué no ha de permitirlo?

—Cuando el mundo se aperciba de semejantes relaciones, pondrá en duda la pureza de mi honor, porque no creerá que de buena fe quiere ser mi esposo un hombre tan rico y tan ilustre.

—El mundo nada podrá decir contra tu honra cuando sepa que no ves a don Leandro sino por espacio de algunos minutos y en presencia de tu madre, y que, además, sois tan pobre ahora como lo habéis sido siempre.

—Que mi madre decida.

—Pero no en este momento.

—¿Pues cuándo ha de ser?

—Ahora vas a venir a mi casa, donde tengo muchas cosas por arreglar, y entretanto el señor don Leandro dará a tu madre las explicaciones que bien le parezcan. Tu madre no puede hablar; pero esto no importa, pues lo único que a don Leandro le interesa es que le escuchen, y bastará con que tu madre diga que sí o que no moviendo la cabeza.

Quiso replicar Consuelo; pero el sastre no se lo permitió, y dirigiéndose a la anciana le dijo:

—¿Permitiréis que venga el señor don Leandro?

La señora Mariana respondió afirmativamente.

Su hija la miró con sorpresa, porque sorprender debía la contestación de su madre.

Continuará en el número 4

Querubín regresó entristecido a su casa. Es pobre e ignora quiénes son sus padres. Vive con un hombre de gran corazón, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió cuando era muy niño.

Junto con don Godofredo, al día siguiente, se encaminó a casa de un sastre, para que le arreglasen una capa vieja, pues perdió la suya en la huída.

Mientras aguardaban en el mísero portal donde el sastre, el señor Policarpo, habitaba, salió de aquella casa y habló en secreto con el maestro un joven elegantísimamente trajeado. Querubín, al verle, sintió un estremecimiento: era don Leandro de Sandoval, hijo de la condesa de Rocanegra, rival suyo en los amores de María. ¿Qué iba a hacer allí ? Seguramente, el señor Policarpo lo sabía, pero no quiso decirlo.

Mientras comían luego en un mesón, don Godofredo escuchó el relato de los amores de Querubín. ¡Cómo iba el orgulloso don Pedro a acceder a su boda, sobre todo habiendo entre medias un pretendiente como don Leandro!

Don Godofredo creyó oportuno relatar a Querubín su historia. Recién nacido, fue entregado por un caballero ricamente vestido a una pobre mujer, para que le criase en secreto. Al morir ésta, a los dos años, don Godofredo le puso bajo su protección. No sabía más.

Querubín decidió descubrir el secreto de su nacimiento, y don Godofredo prometió ayudarle. Entretanto, decidieron que don Godofredo averiguase el por qué de la visita de don Leandro a casa del sastre, mientras Querubín rondaba el palacio de su amada.

En uno de los pisos de la casa del sastre habitaban dos mujeres, madre e hija, que habían llegado allí misteriosamente, diecisiete años antes.

Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo.

Un día, la madre sufrió una fuerte emoción y quedó paralítica. Entonces la hija tuvo que pasar por ella privaciones sinnúmero. El sastre, que las profesaba gran cariño, les ayudaba en cuanto podía.

COLECCIÓN ENIGMA

NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO

ENIGMA 1.ª serie

1	—	J. Mary	— Rultabos	11	—	G. Lenoir	— El corazón secuestrado
2	—	»	— El botón por sacrificio	12	—	»	— Roulettabille en Rusia
3	—	»	— ¡Por ella!	13	—	Le Rouge	— El náufrago del espacio
4	—	»	— La astucia de una mujer	14	—	»	— Al astro espantoso
5	—	»	— La venganza del Destino	15	—	Spitzmuller	— El capitán Lagarde de Jarzac
6	—	»	— El secreto de Mari-Rosa	16	—	»	— Los amores de Francisco I y la Gioconda
7	—	»	— Ultraje Mortal	17	—	»	— La marquesa dolorosa
8	—	Estaunié	— Las cosas vas	18	—	»	La favorita
9	—	G. Lenoir	Bibi, tomo I	19	—	»	El misterio de miraflor
10	—	»	— » » II	20	—	»	— El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO, EN RÚSTICA . . . . . 2,50 PESETAS